

las ciudades. El primer Omniada, aquel noble y generoso Abderrahman, que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigia y dotaba escuelas y enseñaba á sus hijos á disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazón en tiernas baladas y confiaba la ternura de sus sentimientos á las palmeras de sus jardines, tenía la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, piés y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz y de enviar á Cairwan sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que acababa de disputarle el trono, el que daba á su hijo consejos y preceptos que honraban al mejor de los príncipes, recibiera como deleitosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitía el walí Otman. Que aquellos mismos hombres que no podían resistir á las tiernas caricias de una esclava, y á los halagos de una *Redhya* ó de una *Zahira*, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles, el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche á cuatrocientos nobles convidados á un banquete y saboreaban al día siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre, los que guarnecián las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jeques empalados.

Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religion, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos que como el mahometano están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que reasumiendo en sí todos los poderes y todas las soberanías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organizacion del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se explica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcel, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehementemente en sus odios, ciego en sus iras é implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religion, se trasmite como una herencia, y se hace inextinguible. Además de ser por lo comun en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles mas crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos extraños, éranlo mucho mas entre los musulmanes de España, en que los odios y rivalidades de tribu, de raza y de familia comenzaron á mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abassidas y Omeyas, entre Fehries y Moawiahs, como despues habian de continuar entre Almoravides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mutua y comun destruccion. Pudo contribuir á tan ruda ferocidad la necesidad en que se veían de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walíes y gobernadores y de los caudillos de las tribus á la insubordinacion, á la rebeldía y á la independencia, acompañadas las mas veces de la traicion y la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso desaparecia ante el odio de razas, y que Yussuf, Ibnalarabi, Balhul y demás caudillos rebeldes, no esculpizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acudir á bandas y capitanear huestes de enemigos de su fe, á trueque de vengarse de sus propios emires, y estos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los discólos musulimes, y unos y otros trataban con mas saña á los enemigos de su estirpe ó de su tribu que á los enemigos de Mahoma y del Koran. Esta habia de ser una de las causas mas poderosas de su perdicion.

¡Ojalá los cristianos hubieran sabido explotar mas en su provecho estos elementos de disolucion y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo á los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansion en ellos, natural consecuencia de las relaciones sociales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre, y que vienen á reflejar y aun á formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y forma del gobierno y administracion de los árabes en España.

Mientras la España musulímica estuvo sujeta á los califas de Damasco y á los walíes supremos de Africa, su gobierno no podia ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organizacion y estructura. La necesidad obligó, no obstante, á los árabes españoles en mas de una ocasion á apartarse de las formas legales y á proveerse á sí mismos de emir ó jefe que los gobernara, sin órden del califa, y aun sin su consejo. Así aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehri, hechos en una asamblea de jeques, ó sea de los principales y mas ancianos personajes de cada tribu; y á una asamblea de este género se debió la eleccion de Abderrahman ben Moawiah, y la revolucion que produjo el establecimiento del imperio musulmico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que así en los extremos casos provenen todos los pueblos á su conservacion, y los mas avezados al despotismo practican como impulsados por una inspiracion secreta é instintiva el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron á introducirse en el imperio y corte de Córdoba empleos y cargos que no se habian conocido en el Oriente. El *mezwar*, ó consejo de Estado, establecido por Abderrahman y al que consultaba en los casos arduos y negocios graves, ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del Estado, habia de irse convirtiendo en una especie de institucion aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* ó primer ministro, al modo del gran visir de Oriente, cuyas facultades se extendían á todos los ramos de la administracion. Seguían los *cutibes* ó secretarios. Un magistrado, que los romanos habrían nombrado censor, entendía en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretaran é impusieran. Encomendada estaba la administracion de justicia á los *cadíes*, á quienes presidía el *cadí de los cadíes* ó juez supremo, que residía en la capital; este era el que fallaba las causas en apelacion, y su autoridad era tan respetada, que el mismo califa ó emir tenia que comparecer ante él cuando era citado. Tenian bajo de sí los cadíes un funcionario subalterno llamado *alvacil* ó alguacil, encargado de prender los delinquentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administracion de justicia, lo era también la económica. Además de la capitacion impuesta á los cristianos, cuya cuota solía variar segun las circunstancias y segun la condicion y carácter de arbitrarios gobernadores, habia dos clases de rentas del Estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El *azaque* consistía en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio. Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, á los gastos de guerra, á la construccion y reparacion de obras públicas, á la dotacion de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los musulimes desvalidos ó pobres. Los productos de aduanas se cree consistían también en la décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, almojarife, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragon y otros puntos el de almotacen, ó fiel medidor, que entendía en todo lo relativo á pesos y medidas, calidad de los comestibles y policía urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morían sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impues-

tos, no podia menos de ser igualmente sencilla y fácil la administracion. El valor de las rentas subió al paso que se fué fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderrahman I hasta Abderrahman III hubo un aumento desde trescientos mil dinares hasta cinco millones cuatrocientos ochocientos mil. Conócese la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde los primeros gobernadores ó walíes, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hicieron ya varios censos y empadronamientos generales de España para la mas conveniente distribucion de los impuestos. El recaudador general residía en la corte, y tenia sus subalternos en las provincias.

Estos fueron cinco, segun la division hecha por Yussuf el Fehri, á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas habia un *walí* ó gobernador. Abderrahman hizo una nueva division territorial, quedando repartida en seis provincias, á saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona habia dejado de pertenecer á los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Habia además otros doce *vazires* ó gobernadores subalternos en doce de las mas principales ciudades despues de las referidas. En las demás ciudades y fortalezas tenian establecidos *alcaldes*, nombre que se ha conservado también en España aplicado á diferentes empleos. Creáronse los walíes ó comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban mas expuestas á las invasiones ó acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesion al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regia entonces la sociedad cristiana. Mixto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que prefería para que le sucediese en el imperio, y atendiendo mas, ó á las cualidades personales del hijo, ó al cariño y predileccion del padre que al órden de progenitura, á veces le asociaba á sí y compartía con él la gubernacion del Estado, á veces solo cuando se sentía próximo á la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *alhadi* ó futuro sucesor del reino. Convocaba para esto á los altos funcionarios del Estado, cadíes, walíes y vazires, y á los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los mas ilustres personajes musulimes nombraba al que tenia designado por futuro emir y pedia su reconocimiento. Otorgábansele ordinariamente sin réplica ni oposicion los próceres musulmanes, y todos por su órden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* ú oracion pública en todas las *aljamias* ó mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetía al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesion quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos ó deudos que se creían injustamente postergados.

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Koran. Vistoso espectáculo debia ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacia alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagajes llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en nuestra Península, como antes los cartagineses habian importado los elefantes de Africa, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servían para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entreteníanse en rumián: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguían á los berberiscos de los persas, á estos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno, que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron despues sin perder nunca el tinte oriental, los trajes, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nacion. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas ó sus

azares del día, y exornándolos con la poesia natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos, pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañear. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendía otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban dónde habia acampado el ejército musulman.

Hábiles para la sorpresa, y propensos á la guerra de montaña, mas semejantes en esto á los españoles que á los demás pueblos que les habian precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos ó godos, mil veces desde las fragosas y emmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, ó desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos á los emires de Córdoba, ó tenían en jaque continuo á los cristianos con sus correrías y súbitas invasiones á que daban el nombre de *algaras*, y á que se prestaba así la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los jinetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedía en inclinacion, inteligencia y práctica de este linaje de guerra. Y por otra parte la preferencia que los árabes daban á la caballería fué en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas mas frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar, tan escasa en los primeros tiempos de la conquista que Yussuf el Fehri hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante ó emir del mar, recibió desde el primer Abderrahman tal desarrollo y fomento, que sus fuerzas navales no solo bastaban para poner la Península al abrigo de las continuas irrupciones de los moros de Africa y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo, las islas y las costas de España, de la Galia, y de Italia, no podían verse libres de las continuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veían incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos, que desde los puertos de España salían á devastar sus poblaciones marítimas y las obligaban á buscar un asilo en el corazón de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo que guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfanje y pulsar la lira, incendiar ciudades enemigas y erigir aljamas suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Expresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral ó física. Los de las mujeres por lo comun son tomados ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza, como *Redhya*, dulce ó agradable; *Nocima*, graciosa; *Kinza*, tesoro; *Maliba*, bella; *Sobeiha*, aurora; *Zahira*, florida; *Noziha*, deliciosa; *Ommalisam*, la de los lindos collares; *Amina*, fiel; *Zaida*, dichosa; *Lobna*, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como *Al-Sherif*, el ilustre; *Al-Admed*, el deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios; *Al-Radhi*, el benigno; *Al-Mudhaffar*, el vencedor; *Al-Mostayn-billah*, el que implora el auxilio de Dios; *Abder-el-Rahman*, servidor del misericordioso; *Obeid-Allah*, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distinguíanse solo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre, que añadían al suyo con la palabra *ben* ó *ebn*, de que hicieron muchas veces *aven* los europeos. Al nombre del padre solían agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decía Numan, en uno de sus diálogos, no encontrarías á nadie que no pudiese nombrar sus padres hasta la vigésima generacion, sin omitir un grado.» A estos nombres añadían el de la tribu. Así tenían los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf de quien tantas veces llevamos hecha mencion, se nombraba *Yussuf ben Abderrahman ben Habib ben Abi*

